

que se define tal como lo nombra el título del libro: una «luminiscencia», esa luz que se arrebató al otro (con miedo, mentiras, heridas o sexo) para iluminar desde el sujeto que no consigue convertirlo en condición (o solo de modo fragmentado, desdoblado, incierto). Así ambos ejes temáticos, factual y existencial, acaban dibujando el paradigma exacto de la paradoja *helicoidal* (gira sobre sí misma y se traslada al mismo tiempo) del amor: «Nunca / he amado nada que verdaderamente no doliera». O «Usted dice que mi modo de amar es / la fragmentación». Este es solo el marco temático en el que se mueve el flujo verbal que emana de los poemas de Carol Gómez Pelegrín en las partes primera y segunda, y en los poemas aparece desarrollado por un sinfín de observaciones certeras, en un lenguaje brillante, desinhibido, preciso, que en ocasiones no desmerece de los adagios shakespearianos: «Esta habitación por horas que es la vida».

La tercera parte, escrita como un monólogo dramático, es un libro diferente. Comparte la escritura magmática, el ritmo sincopado y los destellos estilísticos, pero el lirismo describe, como una máscara de personaje clásico, a un personaje: «La Sra K». El sexo casual o desvinculado de una relación amorosa, o directamente la prostitución, ha sido objeto de excelentes poemas en la tradición literaria casi siempre escritos desde una óptica masculina.

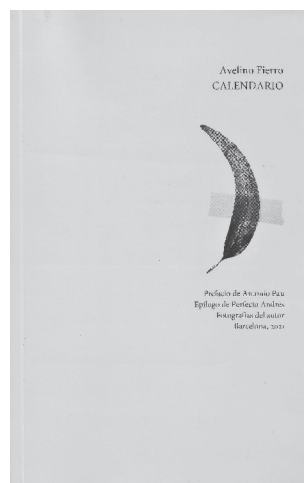
Recuerdo, por ejemplo, el poema «Con pobreza estaba decorada la habitación» de Manuel Álvarez Ortega (1923-2014) que, después de describir el desolado ambiente de un prostíbulo, narra «cómo la vieja mujer atrae al adolescente / lo lleva hacia un ámbito de sombra»... y «sobre sus pechos / él siente ganas de llorar». La sentimentalidad del adolescente que sacrifica la pureza emerge diáfana en el poema, pero nada se sabe de «la vieja mujer» que seduce al adolescente: ¿beberá en él alguna nostalgia?, ¿esperará alguna compensación íntima?, ¿redimirá algún fracaso?

Carol Gómez Pelegrín, a través de su personaje, *la Sra. K*—que no solo evoca un personaje kafkiano, sino también la incierta amada de Georges Bataille en sus diarios—, reconstruye esa experiencia y sentimentalidad desde el punto de vista de la mujer. Sin prejuicios, sin clichés, sin sociología. Un sujeto poético que emerge ante una experiencia: «Desconozco sus nombres, se presenta / sin rostro y la polla / colgando entre pliegues / con regusto a lunes, a pescado hervido, a pequeñísimas / mentiras domésticas...».

Los poemas dibujan el retrato existencial de la desalmada *experiencia*, en la que una voz femenina relata con detalle de forense los gestos fosilizados del comportamiento masculino, y lo hace solo para descubrir en su interior sus propias perplejidades humanas

y líricas. Y, de paso, también para extraer no pocas lecciones de filosofía shakesperiana: «...lo ferozmente vivo / está ferozmente triste, hacer la lista de lo que falta en la nevera / también es inequívocamente / una señal / de permanecer con vida».

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO



Avelino Fierro

Calendario

Prefacio de Antonio Pau. Epílogo de Perfecto Andrés

Días contados, Barcelona, 2021

La nada de los días

Esta nueva entrega de los diarios de Avelino Fierro no viene presentada como las suyas anteriores y, posiblemente, el autor haya querido intentar algo distinto, pero a uno le parece la mejor, la más atinada. La prosa es tan cuidada y, a

veces, alcanza tanto vuelo que más que de «prosa libre», como apunta Antonio Pau en el prefacio (dice que al igual que existe el «verso libre», también debería haber «prosa libre»), podíamos hablar, sencillamente, de prosa poética.

Las entradas vienen enumeradas y en el índice, que funciona como paratexto, (debe de ser cosa del editor) señala entre corchetes la fecha de publicación de cada una que, lógicamente, no coincide con la de escritura (el autor, siguiendo su costumbre, no la indica, pero en muchas de ellas deja rastros del mes, del día o festividad en que la redacta). La primera se inicia diciendo: «Ahora quiero contar aquí cuatro cosas de este día que va pasando, de esta mañana clara —y parece que inocente— de febrero», y en el índice encontramos que es marzo [7-03-2019]. Pero, aparte de estos despistes de editor lo que nos interesa es cómo termina, pues el autor declara sus intenciones: «Y otra vez me entran ganas no sé si de llorar o de hablar mucho. O decir como el poeta que ahora leo, voy a contar la historia de mi vida en «un abecedario ceniciento». Ese poeta, como bien sabe el lector atento, es Blas de Otero (el poema «Biotz-Begietam» comienza, más o menos, con esos tres versos).

La última entrada, la 40, dedicada a su hijo Javier que nació un 27 de enero, la misma fecha en la que su padre quiere concluir el diario, viene bien adobada con las voces de Blas de

Otero, Adam Zagajewski y L. Cernuda cuya reflexión de *Ocnos* «Llega un momento en la vida cuando el tiempo nos alcanza» (que yo siempre pensé que quedaría mejor cambiando ese «cuando» por un equivalente relativo explicativo como «en que») cierra el apunte.

No solo la poesía, también la música ocupa un espacio en estas notas o reflexiones (hay mucha reflexión en esta entrega) y tienen un claro sentido; lo cuenta al final de la entrada 11: «Pongo a todo volumen música que me aturda —un aria de Haendel— que me defienda con sus notas de sierra, una navaja mellada contra el asedio de este instante insolente, hiriente, casi abominable».

Avelino Fierro visita ciudades y también pueblos mineros abandonados, viaja por parameras desoladas donde solo habita el silencio y nos hace la radiografía más certera de la ciudad donde vive en su deambular nocturno por calles y tabernas habituales. El tono es de una poética gris-ceniza embelesada que eleva el vuelo sobre una realidad chata, zafia y agresiva. Como todo buen diarista, Avelino va haciendo un libro sobre la nada de los días, días provincianos en una ciudad fría y recoleta que conoce y a la que toma el pulso a diario. Es un libro hecho con los mimbres de esa nada que hilvana nuestra vida, esas cuatro cosas que nos hacen verla con ojos nuevos y creer que merece la pena (ver apuntes 18 y 19).

Una característica de los diarios de Avelino Fierro es que va tejiendo sus entradas teniendo a mano autores de su gusto previamente seleccionados —poetas, diaristas, filósofos— y sobre el pretexto de su escrito elige unos versos o un texto ajeno con el que remata la entrada. Es un sistema muy eficaz si se tiene en cuenta que sus diarios se van publicando, a modo de columnas periodísticas (entrada a entrada), en la revista cultural independiente, que dirige Eloísa Otero, *Tam-Tam Press*.

Otra exclusividad que nos habla del cuidado que pone su autor en estas cosas, es que nos va acostumbrando a publicar con el libro deliciosas separatas que recogen varias entradas con tema común. En su anterior diario *Contra tiempo. Diarios 2017-2018* (Eolas, 2019) nos sorprendía con una delicatessen «*Abril en París*», «*Avril à Paris*», en francés y español; como explicación nos decía que tras leer el diario de Ramón Gaya decide acudir a París para pasearlo y ver cuadros y pinturas. Le acompaña una fotografía de Cecilia Orueta, de tamaño postal, que es una maravilla. Aquí nos regala «*Una visita al Museo del Prado*» con las entradas, 24 a 27, que la cuentan, y las estupendas ilustraciones del propio autor que, además de diarista y poeta inédito, es un estupendo dibujante, fotógrafo (la edición, fina y delicada, viene acompañada de estupendas fotografías del propio autor) y siluetista.

Este territorio que Avelino Fierro va levantando y

describiendo en sus diarios está formado por momentos menores que va fijando en el papel para que no se pierdan: «Estas soledades, estas estancias en el hospicio de este trozo de mundo. Sombras nada más, páginas que no va a leer nadie». El tono melancólico no pierde pie, toma vuelo y logra salvar el abismo del temido patetismo a través de una invisible tensión poética: «He salido al balcón y he abierto los brazos para que la lluvia moje mi rostro. Huele a silencios empapados». Avelino Fierro, que en muy poco tiempo ha conseguido abrirse un hueco en nuestro panorama diarístico con entregas tan cuidadas y singularizadas como esta, sabe muy bien llegar donde pocos llegan: al corazón del lector.

JOSÉ LUNA BORGE



Emilia Cortés

**Zenobia Camprubí:
La llama viva**

Alianza Editorial, Madrid, 2020

Más luz que sombra

«Yo soy la clase de mujer que no se casa. Me puedo arreglar perfectamente en la vida sin marido», le dice Zenobia Camprubí, de 26 años, a su amiga María Martos. «Todavía no he visto al hombre que me pudiera hacer más feliz de lo que creo poderlo ser siendo soltera», añade. Emilia Cortés, autora de esta minuciosa biografía de Zenobia Camprubí (1887-1956) y editora de su *Epistolario II* (1895-1936), publicado por la Residencia de Estudiantes el mismo año, dibuja un perfil canónico del personaje. La correspondencia ilumina su figura, como si ambas obras se entrelazaran. Cortés señala que, antes de conocer a Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí se involucra en las vicisitudes de sus